

UN CAMPESINO EN LA COSTA DEL SOL

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo (León), en 1923. Por los primeros años cuarenta aparecieron sus primeros poemas en revistas: «Alba», «Espadaña» y otras. Su primer volumen de versos pertenece a la colección «Adonais» y lleva por título «El regreso». Por cierto que uno de los más amplios estudios sobre esta obra vio la luz en LA VANGUARDIA, con la firma del inolvidable Melchor Fernández Almagro. Posteriormente la colección barcelonesa «El Bardo» publicó «Del monte y los caminos», libro que confirmó a Pereira como poeta. Ahora prepara su «Cancionero de Sagres», del cual salieron contados anticipos en «Poesía Española» y otras revistas. También constan poemas suyos en antologías como las que anualmente edita Aguilar y la muy reciente de Rialp «25 años de Adonais».

En la narrativa destaca su obra «Una ventana a la carretera», Premio Leopoldo Alas 1966. Su novela «Un sitio para Soledad» llegó a las últimas votaciones en el Nadal más reciente. Publica cuentos en «Ínsula», «La Estafeta Literaria» y otras revistas.

Colaborador en periódicos de Madrid y otras ciudades, así como en TVE, LA VANGUARDIA se complace en presentarlo a sus lectores, en la confianza de que hallarán en sus artículos valores y atractivos de verdadera excepción.

A lo mejor resulta que nunca como ahora se ha sometido el hombre a sus augures. Los científicos de la predicción, atentos a máquinas no menos sibilinas que el antiguo canto de las aves, habían hecho todos sus cálculos para el ir y venir de la Semana Santa: el número de alojamientos, los miles de viajeros y los refrescos que almacenar, los automóviles que rodarían y la gasolina que iban a consumir, y hasta el agüero -¡qué horror!-, en principio anónimo, de los que no iban a regresar jamás. Yo no sé si las cuentas les habrán salido. Ni si fue algún ingenio electrónico el que secretamente decidió por mí empujándome a las playas de Málaga, poniéndome en la llovida arena como náufrago de tierra adentro, que no del mar.

Desde luego, el Viernes Santo era yo habitante y testigo de una larga cinta de kilómetros donde habla gente para todo: los que estaban pendientes de las nubes por el asunto de las procesiones y quienes se obstinaban en ir al agua aunque sólo fuera por justificar; los que a los oficios y los que hacían la cola en los supermercados para

comprar bebidas porque amenazaba lluvia; los que yo no entendía porque hablaban finlandés y los que tampoco entendía porque hablaban un andaluz demasiado fanático. Una variedad cuya contemplación acaso sea útil, si no la clave, para acercarse a este fenómeno complejo, apasionante, que se llama Costa del Sol. Desde Málaga a Estepona, y lo digo no más que por ejemplo, con expresa renuncia al compromiso de poner mojones, las circunstancias de estos últimos años han inventado un nuevo ambiente, un estilo, un color. Pero luego, si nos fijamos un poco, saltan diferencias muy curiosas porque pueden producirse en sólo una decena de kilómetros, acaso en menos. Así Málaga, la capital, además de centro político de la provincia es el equilibrio inteligente entre lo propio y lo foráneo, nada raro, por cierto, en el hombre mediterráneo histórico. Por la calle de Larios pueden verse los atributos inequívocos de la gente extranjera, pero lo que manda es el ciudadano típico de una capital de provincia española. Pasan bellezas pálidas de importación, luego una mocita morena y bien calzada, y uno no sabe a qué carta quedarse. Por la calle de Larios andan ingleses con cara de coronel retirado y señores vestidos efectivamente de coronel. Chicas con minifalda y hasta algún canónigo. Y si es invierno, viejos fumadores relapsos de toda España que esperan el buen tiempo para seguir fumando en León o en Bilbao.

A un cuarto de hora, otra cosa muy distinta es Torremolinos. Convendría pararse un momento a considerar la privilegiada toponimia de estas tierras. "Torre", con su altiva, universal sugestión, viene aquí a enmaridar con los "molinos" de prestigio quijotesco. Y aún vendrán Benalmádena, Carvajal, ¡Fuengirola!, y esa ya exageración que se dice Marbella, sonando a tópico en el mester de poesía. Pues bien, Torremolinos es lugar distinto a Málaga capital, por supuesto, pero también al resto de la costa. Babel multicolor, reina indiscutida de la noche. Mijas y Benalmádena esparcen el blanco cegador de sus casas por la cornisa, y no andan equivocados quienes adoptan este retranqueo incipientemente serrano, salvándose de la corrosión obstinada que los indígenas dicen "marismo". Fuengirola tiene un aire conservador. En el centro de la villa pescadora, uno puede sentarse a desayunar en una terraza con aire de ágora y casinillo. Si no nos conformamos con el café bebido, habrá que levantarse y comprar en un chamizo frontero los tejeringos que sirven ensartados en una varita de junco. El guardia de la circulación atiende mucho a esto de los desayunos y favorece con preferencia a quienes han de cruzar enarbolando el recentísimo trofeo caliente. Basta mirar alrededor para advertir que los extranjeros tienen aquí un talante moderado y burgués, mezclados y convivientes con la gente del pueblo. Y luego, la abundancia creciente de veraneantes -o invernantes- con coches de matrícula española. Fuengirola es el feudo de los boticarios de Jaén, de gentes que en Córdoba, ni lejana ni sola, suspiran por la brisa del mar. A esta playa llegan también sirenas de Europa arriba, pero hay mocitos andaluces que no se quitan del pecho, ni por nada, el oro de sus medallas católicas, y terminan arreglándose con sus propias paisanas, bajo el ojo falsamente neutral de las madres. Media hora de coche y ya es Marbella de villas

espaciosas y forestales, pequeños mundos cerrados donde se descansa o se festeja muy por lo fino. Uno va y se compra la corbata en la tienda de una princesa, siempre con la esperanza de tropezar, por ejemplo, a Sofía Loren. Y aun un núcleo más, sólo que extendido, valga la paradoja: la carretera de Málaga a Cádiz, cada kilómetro compitiendo con los demás en sugerencias que se llaman urbanización, parque de atracciones, "congress hall", restaurante, taberna, restaberna (!), tentadero de vaquillas...

En este paraíso del descanso más sensual, donde todo amenaza con transformarnos en planta luminosa, uno, que es hombre hecho a las umbrías del románico, incluso a la luz medida del gótico, suspira de vez en cuando por los huecos serenos de la piedra. Yo echo muy de menos, también, el empaque tan noble y sólido de las estatuas. Menos mal que alguien piensa ya en el monumento a la "sueca" desconocida. (Las comillas quieren aludir a que aquí es sueca toda moza rubia que no hable en cristiano.) Debe tratarse de un proyecto formal, puesto que se lo acabo de oír en público a un humorista de plantilla, el autor de "Zamora y Gomorra", y ya se sabe lo serios que suelen ser estos profesionales. A mí la idea no me parece mal, que el agradecimiento es de bien nacidos. Pero hablando de homenajes, pienso con toda preferencia en el que yo quisiera proponer, y muy alto, para quien me parece héroe máximo de la costa: un caballero labrador que, según acabo de saber, posee en el término de Marbella, veinte o treinta mil metros cuadrados de tierra sembradía, justamente entre la carretera y la playa, y dice que no, que no los vende a ningún precio, ni ahora ni después, porque lo que a él le gusta es cultivar sus olivos, arrancar tomates sabrosos, sentarse no debajo de un toldo sino a la sombra natural y humilde de las higueras...

Sí, a mí me gustaría mucho que no llegare a rendirse este último de Filipinas -y batallas no le van a tallar-, que siguiera en sus trece este ilustre campesino andaluz cuyo nombre a lo mejor hay que grabar en piedra. Y en el honor alfabético del Espasa.

Antonio PEREIRA